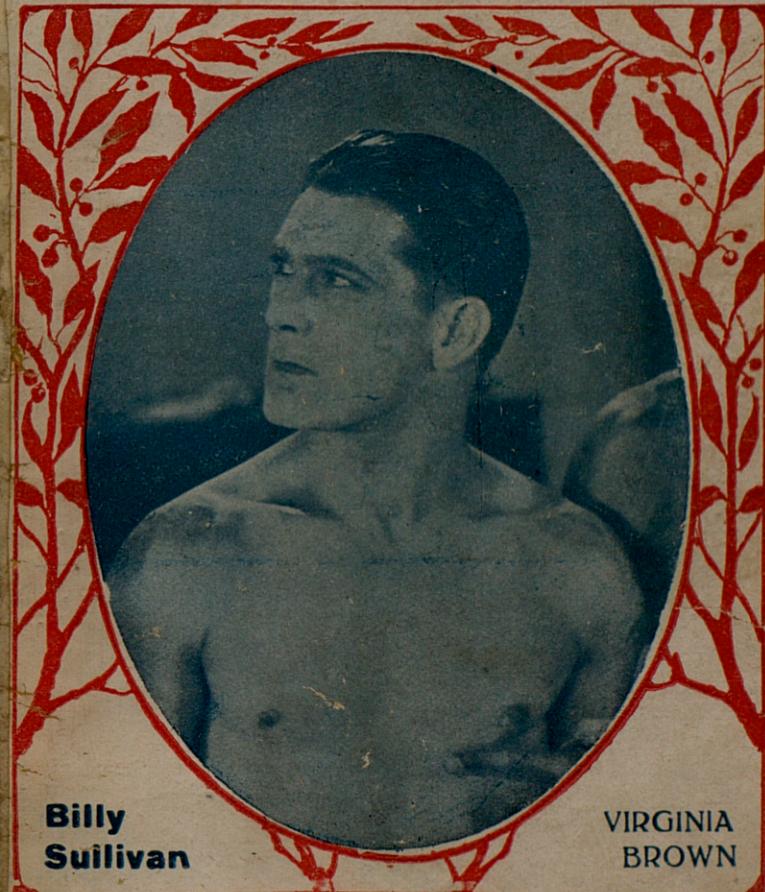


Biblioteca-Films

N.º 178 Las Sirenas de Brodway 25
CTS.



Billy
Sullivan

VIRGINIA
BROWN

BROWN, Henry Joe

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
VALENCIA, 284

Centro de Repartos de Publicaciones:
BARBARÁ, 9

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.
BARCELONA

Núm. 178

APARECE TODOS LOS MARTES

•• REVISADO POR LA CENSURA PREVIA ••

(Broadway Billy, 1926) Las Sirenas del Broadway

Emocionante y deliciosa comedia
interpretada por el célebre pugilista
BILLY SULLIVAN

Exclusiva: PROCINE, S. A.
Claris, número 71 - BARCELONA

INTÉPRETES

Billy Brocks Billy Sullivan
Florencia Virginia Brown Faire

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Registrada. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

I

En todas las épocas, los héroes han sido adorados por las multitudes, y en los tiempos actuales, en que los deportes apasionan por completo a la Humanidad, los boxeadores vienen a constituir los ídolos modernos, a quienes los pueblos aclaman con igual entusiasmo que lo hacía antiguamente a sus caudillos vencedores.

Uno de estos héroes lo era Billy Broeks, un muchachote simpático, salido de la nada y que acababa de ganar el preciado título de Campeón del Mundo. Aquella victoria era la gloria y la fortuna que entraban de pronto en su humilde morada, con la violencia de un torrente.

Al terminar el combate, en el que resultó vencedor, una legión de espontáneos admiradores asaltaron por completo la casa del nuevo Campeón y cuando éste, al fin, pudo verse libre de ellos y quedar solo con sus familiares, abrazó a éstos diciéndoles:

—No hubiera vencido nunca sin vuestra

ayuda, mis buenos amigos... ¡Vosotros sois los verdaderos campeones!... Yo ya he conseguido todo lo que ambicionaba. Ahora os toca a vosotros pedirme lo que queráis... Empecemos por ti, Florencia. ¿Qué deseas?

Florencia, la esposa del héroe, era una encantadora jovencita, sin más cariño en su vida que el amor de su marido y que supo alentarlo en los momentos de adversidad y sopor tar, con la sonrisa de la felicidad en los labios, las duras temporadas de entrenamiento.

Para ella el colmo de su dicha era la reciente victoria de Billy, pero mujer al fin, y como todas coquetas, aceptó la oferta de su marido y empezó a expresar sus deseos diciendo:

—Yo, la verdad, Billy... como querer, no quiero nada; pero desearía tener un nuevo piso, algunos vestidos de "soirée", unos cuantos sombreros de treinta dólares, un tocador con muchos perfumes, un piano, una radio... y... por ahora nada más. Conforme me vaya acordando de otras cosas, te las iré diciendo.

¡Caramba, y a eso le llamaba su mujer no querer nada! Pero recordando lo buena que siempre había sido, se echó a reír y exclamó:

—Tendrás todo eso y mucho más, Florencia, porque todo te lo mereces. Y tú, mi buen amigo, quéquieres? —le preguntó a su entrenador, un hombretón que tenía tanto de grande como de inocente.

—Yo, sólo pido un traje de "smoking"... Tq-

da mi vida he soñado con eso—repuso el aludido.

—También lo tendrás—contestó Billy. Y dirigiéndose a su "manager" le hizo la misma pregunta, a la que éste contestó:

—Yo lo único que deseo es que seas siempre el Billy de ahora... dispuesto a todas horas a la pelea, como un gallo inglés, sin dormirte en los laureles.

Y Billy fué para ellos un nuevo Maná.. un Maná de cheques y dólares que satisfacía todos sus gustos y caprichos.

Lo primero que hizo fué alquilar un nuevo piso y amueblarlo lujosamente. Cuando Florencia entró en él, contempló asombrada su ornamentación y exclamó, sin poder dar crédito a lo que veía.

—Pero de veras este piso es para mí?

—¿Querrás decir para los dos?—contestó su marido satisfecho de la impresión que había causado a su mujercita.

—Y los eriados parecen de buena casa, ¿verdad?... ¡Imponen respeto!—volvió a exclamar Florencia.

—¿Es que no es buena casa la del Campeón del Mundo?

Ella, clavó en él sus ojos dulces, mirándolo de una forma indefinible, expresando un amor sin límite, un profundo respeto de esposa, un sincero agradecimiento de mujer satisfecha... Todo lo que su corazón sentía en aquellos momentos lo decía aquella tierna mirada.



Todo lo que su corazón sentía en aquellos momentos le decía aquella tierna mirada.

Billy, fascinado por el delicioso encanto de aquellos ojos azules, atrajo hacia él a su esposa y estrechándola fuertemente contra su pecho le dijo:

—He querido reservar para lo último tu habitación. Ven que voy a enseñártela.

Si maravilloso había sido el efecto que en Florencia produjo la suntuosidad de los salones de su nueva casa, no fué menor el que experimentó al ver las mil filigranas que adornaban su habitación.

Tal era su estado de ánimo, que no encon-

traba palabras para expresar su inmensa alegría, y su esposo, queriendo demostrar que no había olvidado ni el menor detalle, sacó de uno de sus bolsillos un precioso estuche, que contenía una magnífica sortija y ofreciéndosela a su esposa le dijo:

—Puesto que todo es nuevo, aquí tienes también un nuevo anillo de boda.

Contra lo que él suponía, Florencia, en vez de aceptarlo, lo rehusó, a la vez que acariciaba el que llevaba puesto y decía:

—Gracias, Billy... pero prefiero seguir usando el antiguo, que tiene para mí recuerdos inolvidables.

La escena amorosa, que se acercaba a pasos agigantados, fué interrumpida por la entrada de un criado, portador de una carta que acababan de llevar.

Abrió Billy la misiva y leyó su contenido que decía:

Señor D. Billy Brocks,

Por unanimidad hemos acordado nombrarle a usted socio honorario de nuestro pequeño club nocturno. Le agradeceríamos que viniera usted esta noche con los suyos a posesionarse de su cargo.

SARA AUSTIN.

Llamó el nuevo Campeón a sus dos amigos y cuando los puso al tanto de la carta que acababa de recibir les dijo:

—Iremos todos esta noche. Bastante días malos hemos pasado. Ahora nos toca resarcirnos.

—¡Oh, sí, Billy, vayamos!... ¡Mira que vivir en Nueva York y no haber vivido ni una sola de las alegres noches de Broadway!—exclamó Florencia.

—Yo siento no poderles acompañar—se disculpó el “manager”—. No tengo ropa adecuada para asistir a esas reuniones.

—Con ropa o sin ropa adecuada, usted viene con nosotros, Saughen—le contestó Billy.
—Hay que celebrar el campeonato.

II

Algunas horas después, en el “Bal Tabarin”, Sara Austin, la Presidenta de aquel elegante club nocturno, una de esas rubias sirenas de Broadway que apresan en la red de oro de sus encantos el corazón y el albedrío de los maridos incautos, empezaba, con el hechizo de su belleza provocativa, la conquista del nuevo Campeón.

Florencia seguía divirtiéndose, ajena de la trama en que aquella mujer pretendía apresar a su marido, sin darse cuenta de las exce-

sivas atenciones que ésta usaba con él. Sin embargo, en una mesa contigua a la del Campeón, dos hombres seguían interesados el coqueteo de la hermosa rubia con Billy y uno de ellos le dijo a su compañero:

—Si el Campeón empieza a frecuentar estos “rings” de Broadway, lo van a dejar “k. o.” al primer “round”.

—Eso quisieras tú, Morland—repuso el otro—. En tu calidad de “maanger” de O’Brien, te convendría mucho de que Billy estuviera débil para el próximo combate.

—Así es—afirmó Morland—. Ese muchacho se ha hecho de acero en el entrenamiento, pero yo haré lo posible para que Broadway empiece en él su obra destructora.

Indudablemente, Morland era un hombre activo que no dejaba transcurrir inútilmente el tiempo y en cuanto tuvo oportunidad le envió a Sara una tarjeta que decía:

Ven un momento a mi mesa. Tengo que hablarte.

JULIO MORLAND.

Sara había intervenido en alguno de los “negocios” de Morland y tan pronto como recibió la tarjeta de aquél se escusó con sus compañeros de mesa y se acercó a la de su amigo, quien le dijo, ofreciéndole una silla.

—Siéntate un poco con nosotros, Sara, que aunque no somos campeones, ya sabes que te apreciamos de veras.

Pero sin duda no estaba para oír fingidos galanteos y exclamó, dirigiéndose sin rodeos al asunto.

—Mira, Julio, déjate de tonterías y hablemos claro. ¿Túquieres algo de mí? ¿Qué es y cuánto voy a ganar?

—Está bien—contestó Morland, bajando la voz para no ser oido más que por Sara.

—Puesto que te colocas en ese terreno voy a decirte lo que deseo. A mí me interesa que acostumbres al Campeón a frecuentar estos sitios y otros parecidos, que le obligues a beber y a farsnochar... En la vida de austeridad y de ejercicio que lleva, se fortalecen demasiado sus músculos.

—Eso es fácil—repuso Sara—. Ningún hombre que oye el canto de las sirenas de Broadway sabe resistirlo.

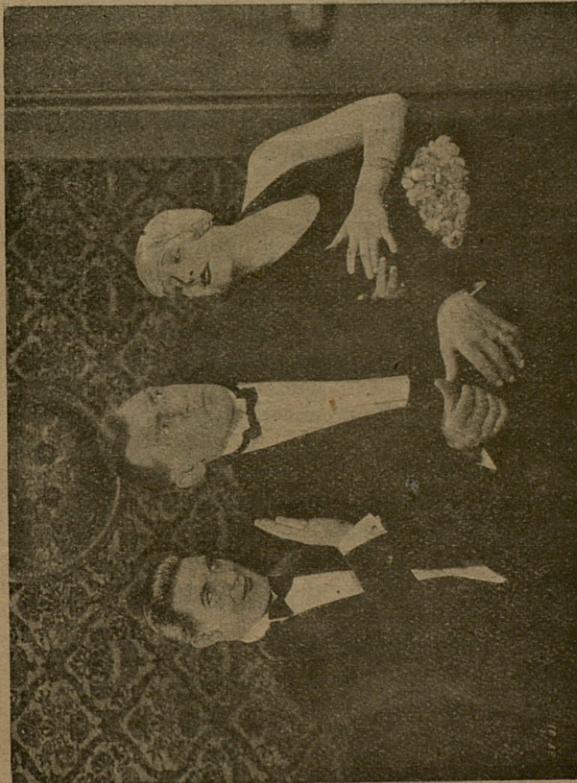
—Procura también que haya rozamientos entre él y su mujer. Los disgustos agotan tanto como las orgías.

—Eso me parece más difícil; Billy y su mujer están todavía en la luna de miel.

—Bueno, tú haz lo que puedas—terminó diciendo Morland—. En tu belleza y tu conocimiento del mundo tienes armas poderosas.

No se engañó Julio Morland en sus suposiciones... Broadway empezó a dominar a Billy Brooks con golpes seguros, dirigidos a la cabeza, al estómago y al corazón.

Después de aquella su primera visita al Broadway, el Campeón se sintió fascinado por



—Mira, Julio, déjate de tonterías y hablamos claro. ¿Túquieres algo de mí?

el dulce canto de las sirenas y su antigua vida ordenada se trocó en un torbellino de orgías, que debilitaban poderosamente sus fuerzas.

Sara, siguiendo las órdenes del astuto Morland, no cesaba en su afán de conquistar al héroe y Florencia, deslumbrada por el lujo de su nueva vida, se entregaba inconsciente a aquel nuevo ambiente que la rodeaba, sin prever que un desastroso final pondría fin a aquellas fiestas mundanas.

Cuando creyó llegado el momento, Morland, que se había convertido en un asiduo concurrente a las reuniones que se celebraban en casa de Billy, le propuso a éste jugarse el título de Campeón diciéndole:

—Billy, si en este combate quiere usted jugarse el título, podemos llegar hasta los cien mil dólares de bolsa.

—¡Acepto! ¡Necesito mucho dinero! El ser Campeón me cuesta una fortuna!

Sauhgen, que hasta entonces no había intervenido en la conversación, se acercó donde estaban los dos hombres concertando el combate y exclamó:

—Su proposición no interesa, Morland... Billy no arriesga su título por un puñado de dólares.

Ante aquella oposición de su "manager", Billy rehusó la oferta de Morland, diciéndole:

—Yo obedezco siempre a mi "manager" y, por consiguiente, haré lo que él dice.

En vista de que no podía llevar a cabo sus

propósitos y decidido, como estaba, a demostrar públicamente la insuficiencia de Billy, para ostentar el título de Campeón, Morland hizo una segunda oferta, que quedó aceptada por Sauhgen, en las siguientes condiciones:

El combate sería ordinario y se celebraría dentro de seis semanas.

Cuando quedaron solos "manager" y boxeador, el primero criticó a Billy la desordenada vida que llevaba diciéndole:

—Amiguito, todas esas locuras que estás haciendo tienen que terminar. Hay que irse preparando seriamente para el combate.

Billy estaba seguro del gran cariño que le profesaba su "manager" y de lo razonado que eran sus consejos y acató la voluntad de aquél prometiéndole:

—Usted tiene siempre razón, Sauhgen. Esté seguro que la fiesta de esta noche será la última.

En efecto, salió a la sala, donde sus invitados continuaban bailando y bebiendo, como si la vida no fuese para ellos más que una continua orgía y exclamó, llamando la atención de todos:

—¡Amigos míos, acabo de firmar un combate con O'Brien! La ociosidad me ha puesto un poco pesado y necesito entrenarme durante, por lo tanto, con ésta se terminan nuestras reuniones por una larga temporada.

La primera que no podía creer en las palabras de Billy era Sara Austin. Estaba dema-

siado segura de la influencia que ejercía su belleza sobre los hombres, y, sin darle importancia a la declaración del Campeón, trató de disimular la falsedad de sus intenciones levantando su copa, a la vez que decía:

—¡Brindemos por el próximo triunfo del Campeón del Mundo! ¡Sea esta copa la de despedida!

III

Pero para Florencia, su nueva vida estaba llena de atractivos y los parásitos se multiplicaban a su alrededor, lo mismo que mariposas atraídas por la luz de un potente foco.

Billy, cumplió la promesa hecha a su "manger" y mientras él se entregaba por completo a recuperar las fuerzas perdidas durante los días de ociosidad, Florencia seguía dando en su casa aquellas fiestas, que su marido había dado por terminadas.

A pesar de la frivolidad en que vivía, su amor por Billy era tan grande como en los primeros días de matrimonio y su único pesar, en medio de la alegría de sus reuniones, era la falta de aquél, que permanecía largo tiempo separado de ella, en continuo entrenamiento.

Aquella noche, no pudo Florencia resistir la tentación de ver a su marido, para hacerlo partícipe de la fiesta que había organizado y lo llamó por teléfono al gimnasio diciéndole:

—Te pasas los días enteros entrenándote, Billy. Ven, te lo suplico. Tengo la casa llena de gente.

El Campeón no pudo abstenerse a aquel llamamiento y contestó:

—Bien, Florencia, iré. Dentro de un cuarto de hora estaré en casa.

Había transcurrido cerca de una hora y Billy todavía no había llegado a su domicilio, por lo que Florencia, extrañada de su tardanza, le dijo a uno de sus admiradores y cómplice de Morland:

—Es extraño que Billy tarde tanto.

—Quizá habrá ido a recoger a Sara Austin —le contestó intencionadamente el otro—, ya sabe usted que son *muy buenos amigos*.

—No piense usted absurdos, Valentín, y sobre todo no los diga! —repuso la joven esposa, segura del amor de Billy. Pero el cómplice de Morland comprendió que el dardo venenoso que acababa de lanzar no había dejado de producir efectos y continuó diciendo:

—Serán absurdos, pero ¿qué quiere que haga un hombre cuando quince minutos se le convierten, sin darse cuenta, en una hora?

El pertinaz admirador de Florencia sabía ya de antemano que lo que él acababa de decir, como una sospecha sin fundamento, no

tardaría en confirmarse, puesto que Sara, efectivamente, había salido en busca de Billy.

En realidad, esto era lo que había sucedido. Sara se había situado en la puerta del gimnasio, dentro de su lujoso automóvil y cuando salió Billy, lo llamó diciéndole:

—Precisamente me dirigía a su casa. ¿Quiere usted que lo lleve en mi coche?

Aceptó el joven Campeón la galante invitación de la rubia sirena y a los pocos metros se detuvo el coche y bajó el chófer diciendo:

—Señora, se ha producido una "panne" y no traigo neumático de repuesto. Tendré que arreglar el mismo y ya sabe que eso lleva algún tiempo.

—¡Qué contrariedad!—exclamó Billy.— Había prometido estar en casa dentro de un cuarto de hora y Florencia se inquietará.

—No se preocupe, ya se tranquilizará cuando sepa que ha estado usted conmigo.

Por fin, al cabo de un gran rato de espera, se puso nuevamente el coche en marcha y cuando Billy llegó a su casa, en unión de su bella acompañante, se le acercó su esposa preguntándole:

—¿Dónde has estado, Billy?
—Hemos estado detenidos por una "panne" y no advertímos que el tiempo corría.

Florencia adivinó, en la sonrisa intencionada de Valentín el motivo que la causaba y para darle una prueba de la seguridad que tenía en el cariño de su esposo exclamó:

—Bien, me doy por satisfecha con esa excusa. Vamos a divertirnos un rato.

—Pero, Florencia, ¿no sabes que para mí se han terminado las diversiones? Estoy en pleno entrenamiento. Además, es tarde y quiero acostarme.

Valentín, al ver alejarse a Billy, creyó oportuno insistir taimadamente en el desamor de aquél y se acercó a Florencia para decirle:

—¡Verdaderamente es una lástima que los grandes hombres nunca hayan sabido comprender a sus mujeres!

Aquellas palabras despertaron el amor propio de Florencia y, sin dignarse contestar a su atrevido galanteador, se fué a la habitación de su marido diciéndole:

—¡Muy bien!... ¡Dispones de una hora para pasearte con Sara, pero a mí no puedes dedicarme ni cinco minutos!—y, advirtiendo en el bolsillo de Billy los guantes que Sara le había puesto maliciosamente, exclamó, sin poder ocultar sus celos:

—¿Para qué te ha dado sus guantes? ¿Para que los guardes como recuerdo?

—No seas niña—le contestó Billy, tratando de calmarla—. Ya sabes que para mí no existe en el mundo más mujer que tú.

Pero Florencia, sin darse por convencida con aquel razonamiento de su esposo, rehuyó el abrazo de éste y salió de la habitación diciéndole:

—¡Yo voy a buscar a mis amigos! ¡Sería es-

túpido que me sacrifícase por ti, mientras tú te entregas al "flirt" con el mayor cinismo!

Llegó el día del combate y Billy luchó y venció solo, sin tener a su lado, para alentarle, más amigos que su "manager" y su entrenador Tomás.

Sin hacer mella en él la victoria conseguida a fuerza de tantos trabajos y penalidades, Billy llegó a su casa con el corazón más dolorido por la indiferencia de su esposa que por el magullamiento de su cuerpo por los golpes recibidos de su contrario.

Como si se tratara de la cosa más natural del mundo, Florencia seguía divirtiéndose con sus amistades, sin preocuparse para nada de lo que le hubiera podido ocurrir a su esposo, que al entrar y ver la fiesta que se celebraba en su casa, se llevó a su mujer a una habitación aparte y le preguntó:

—¡Por qué no has ido al combate?

—Porque no he querido—exclamó Florencia, retándole con la mirada—. Tenía invitados y además no quería encontrarme con Sara Austin, que supongo no habrá faltado.

—¡Invitados, invitados! Ya estoy cansado de que tus invitados tomen mi casa por asalto y sean para ti antes que yo—contestó indignado Billy. Y sin detenerse a pensar en su decisión llamó al hercúleo Tomás y le dijo:

—Echa fuera a toda esa gente... ¡Con las dos manos!

—¡Tú no serás capaz de mandar eso!... ¡Son

mis amigos y esta es mi casa!—exclamó Florencia.

—Te he dicho que los eches!—volvió a ordenar Billy, sin hacer caso a su mujer.

Y Tomás, que sólo esperaba a que los dos esposos se pusieran de acuerdo, al recibir por segunda vez la misma orden, no dudó un momento y salió gritando a los de fuera:

—¡A la calle todo el mundo!... No se hagan los remolones, porque el Campeón tiene ganas de probar sus puños en alguien.

Nadie se atrevió a contradecir la orden y cuando ya se disponían a abandonar la casa, salió Florencia y los llamó nuevamente diciéndoles:

—No se vayan, se lo suplico... Mi marido no ha querido decir eso.

Pero un ademán nada tranquilizador de Billy los puso a todos en fuga y su mujer se volvió hacia él exclamando airada:

—¡Me has puesto en ridículo! ¡Me has escarnecido, me has humillado ante mis amigos!

—¡Mentira! Esos no son tus amigos—gritó exaltado Billy—. Si yo perdiése mi título de Campeón, no volverían ni a mirarte a la cara.

—Amigos o no, te has portado de un modo brutal e incorrecto y eso no te lo perdono—volvió a decir Florencia, sin que pudieran convencerla las palabras de su marido, que continuó diciéndole:

—Si los despedí es porque quiero hacer de

mi casa un hogar y no un club nocturno, como los que frequentábamos en Broadway.

—Pues yo estoy cansada de la vida que antiguamente llevábamos y no estoy dispuesta a empezarla de nuevo. Prefiero ésta con todos sus desengaños.

—Puesto que es el rompimiento lo que deseas, voy a complacerte—repuso tristemente Billy—. Tú te quedas aquí y mañana por la mañana mandaré a buscar a tu padre.

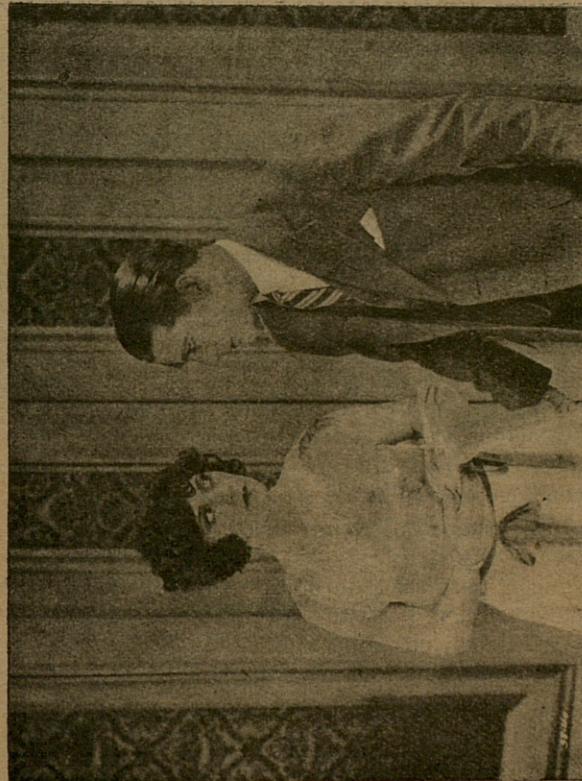
Y, de esta forma, aquellos dos esposos que, durante la adversidad, habían unido sus esfuerzos y sus esperanzas para llegar a la gloria, se vieron separados, aunque sus corazones continuaron perteneciéndose mutuamente.

IV

Entre tanto, el "trío" interesado en el fraude del Campeón, cantaba victoria por anticipado y Morland le decía a Sara:

—Tú, sigue haciendo tu trabajo de mina... Un boxeador con contrariedades importantes en su vida privada, es hombre al agua.

—Yo he hecho ya todo lo que podía—respondió la intrigante rubia—. Ahora que Va-



—Puesto que es el rompimiento lo que deseas, voy a complacerte.

lentín ataque a la mujer con las mismas armas que yo ataqué al marido.

—Perfectamente, es la mejor manera de salir victorioso—volvió a decir Morland—. El “match” ha salido bien para Billy... pero estoy preparando la revancha, y es ahora precisamente cuando más necesito de vuestra ayuda.

Los días que siguieron al de la separación de los esposos fueron para Billy interminables. Ni las bromas de su “manager” ni las “gansadas” de su entrenador, pudieron distraerle de su tristeza, ni del recuerdo de la mujer amada.

Decidido a terminar de una vez con aquella situación, aceptó las proposiciones de Morland para el combate de campeonato, a pesar de los consejos en contra de su “manager”.

En estas condiciones llegó el día del gran combate, y Billy estaba físicamente apto para vencer, pero agotado moralmente: las preocupaciones, los disgustos, distendían sus nervios y aflojaban sus músculos.

Su “manager”, al verlo en aquel estado, tuvo una idea feliz y llamó por teléfono a Florencia. Cuando ésta se hubo puesto al hablar con él le dijo:

—Billy está muy abatido.. Ganará mucho para el combate de esta noche si viene usted y le inyecta un poco de alegría.

—Pero es Billy quien quiere que vaya?—



En estas condiciones llegó el día del gran combate.

preguntó Florencia, que no esperaba otra cosa para poder reconciliarse con su marido.

—Sí, él mismo me lo ha encargado—mintió generosamente el leal amigo.

—Conformes... Voy en seguida. A las tres en punto estaré ahí—terminó diciendo la enamorada esposa. Pero en el momento en que se disponía salir entró Valentí y le dijo:

—He venido para invitarla a dar un paseo en el nuevo coche que he comprado.

—Agradezco mucho su invitación, pero no puedo aceptarla. He dado palabra de estar

a las tres en casa de mi marido y voy ahora mismo a verlo.

—Es que luego pensaba llevarla a usted a la fiesta que he organizado en mi casa, para esta noche.

—Es ipútil que insista, Valentín. Mi marido es para mí lo primero del mundo.

—Entonces, ¿me permitirá usted, por lo menos, que la lleve a su casa?

Aceptó Florencia la invitación de su amigo y cuando se dió cuenta que éste tomaba una dirección contraria al domicilio de Billy, le llamó la atención diciéndole:

—¿Pero adónde me lleva usted?... Yo quiero ir al lado de Billy y éste no es el camino de nuestra casa.

—Es que a mí no me conviene que vaya usted a ver a su marido—contestó cínicamente Valentín—. ¡Ahora soy yo el más fuerte y no irá usted!

Al oír esto, Florencia se abalanzó sobre el volante y Valentín, que no esperaba este ataque, perdió la dirección y el auto fué a estrellarse contra una esquina.

El choque fué violentísimo y sobre el pavimento quedó Florencia tendida, privada por completo de conocimiento.

Saughen, el "manager" de Billy, para animarlo le dijo tan pronto como terminó de hablar por teléfono con su esposa:

—He hablado con Florencia y me ha dicho que a las tres en punto estará aquí.

Pero llegó la hora señalada y Florencia no compareció. Billy creyó perdido para siempre el amor de su esposa y se lamentó tristemente, mirando su reloj, que marcaba las tres y media.

—¡Creo que Florencia habrá cambiado de pensamiento y que...!

Una fuerte llamada al teléfono interrumpió la conversación del boxeador y del "manager", que acudió al aparato, creyendo que se trataría de Florencia, pero cuál no sería su sorpresa al oír que le decían:

—Le hablo desde el Hospital de Urgencia... Venga alguno de ustedes en seguida... Acaba de entrar aquí la esposa del campeón, gravemente herida...

Era lo peor que podía suceder, pensó interiormente Saughen, pero, hombre de grandes recursos, cortó disimuladamente los hilos del teléfono y contestó, fingiendo que hablaba con un desconocido.

—Bien... muy bien... sí... tiene gracia...

—¿Quién era?—preguntó Billy.

—Nada. ¡Me he reído la mar! Un admirador tuyo que me preguntaba si habíamos comprado un saco para meter los pedazos de O'Brien... ¡Gracioso! ¡Verdad?

Luego se apartó a un lado de la sala con el entrenador y después de informarle del accidente que había sufrido Florencia, le ordenó:

—Es preciso que él no sepa nada hasta después del combate... No le dejes hablar con na-

die.. y si alguien se presenta con un periódico tíralo por la ventana.

Y pasaron, lentas como siglos, aquellas horas de nerviosidad, hasta que llegó la hora del combate.

Tomás se había cuidado de coger por su parte a Morland y decirle:

—¡Si dice usted una palabra acerca de lo que le ha ocurrido a la esposa del Campeón, por culpa suya, le juro por Dios que le mato!

Pero Morland estaba decidido a quemar hasta el último cartucho y aprovechó un descuido de Tomás para darles unas monedas a un chiquillo, que vendía periódicos, con el fin de que pregonara la noticia del accidente.

El ardid dió el resultado deseado y Billy, al enterarse de lo que le había ocurrido a su esposa, quería incluso aplazar el combate, para ir a verla; pero Saughen consiguió convencerlo diciéndole:

—Está bien, Billy, te lo juro... Acabo de verla en el hospital... No quería decírtelo antes del combate, y ya comprenderás por qué. Ahora nada puedes hacer. Cumple como siempre y luego irás a verla.

—Está bien, pero corra usted a verla y dígale que la quiero más que nunca. ¡Que todos mis pensamientos, absolutamente todos, son para ella!

Había sonado la hora. Saughen se fué al hospital y Billy se preparó para comenzar el combate. El Campeón iba a luchar, ¡pero en

qué condiciones!... Con la garra de aquella ansiedad, de aquella inquietud clavada en el alma...

V

Cuando el "manager" llegó al hospital y preguntó por Florencia el médico de cabecera le recomendó:

—Hábilele usted, pero cuidado con lo que le dice, una emoción violenta podría serle fatal.

Se acercó Saughen a la cama de la herida, al verle, le preguntó:

—Billy va a luchar, ¿verdad?... ¡Yo quiero ir a verle!

—Eso no es posible—le dijo bondadosamente el doctor—. Desde aquí puede usted enterarse del resultado del combate.

—Está bien, me contentaré con conocer los detalles, pero que me lo digan todo, golpe por golpe, por la radio.

El facultativo llamó aaparte al "manager" y le dijo:

—Dígale usted a ese joven que *debe* vencer, que es *preciso* que venza, si quiere salvar la vida de su esposa.

Como alma que lleva el diablo, salió Sau-

ghen para donde estaba Billy, que, agobiado por el peso de sus desdichas, no hacía otra cosa que defenderse del rudo ataque de su adversario.

Mientras tanto, en el hospital, Florencia seguía con el alma angustiada los incidentes del combate.

De cuando en cuando, la ronca bocina de la radio daba cuenta del curso del "match" del siguiente modo:

—O'Brien larga dos duros director a la mandíbula...

Un profundo silencio seguía a estas palabras, hasta que nuevamente entre un griterío inmenso se oía de nuevo:

—El Campeón se defiende... O'Brien lo arrima a las cuerdas... El Campeón ha caído... Brocks no hace más que defenderse...

Y cuando todos creían segura la victoria de O'Brien llegó Saughen al "ring" y le dijo a Billy:

—He hablado con el médico y me ha dicho que si no ganas este combate la vida de Florencia corre un serio peligro. Ella está siguiendo por medio de la radio todo el combate... Piensa que sólo venciendo puedes salvarla.

Y en aquel momento, Billy se convirtió en un hombre nuevo. Era el Billy de siempre; el de los golpes duros como martillazos, el de la salvaje acometividad de tigre...

La radio dejó de transmitir noticias desagra-



Era el Billy de siempre; el de los golpes duros como martillazos.

dables y Florencia pudo oír, con el corazón palpitante de alegría:

—Brocks ha reaccionado y empieza a dar que hacer a su adversario...

—El Campeón domina ya por completo...

—O'Brien se debilita bajo el furioso ataque del Campeón...

Y por último la anhelada victoria:

—¡Broocks vence por "Knock-Out"!

Después ya no pudo oír Florencia nada; el criterio era tan ensordecedor que no dejaba oír las palabras del trasmisor, hasta que por fin se encontró en los brazos de su esposo, que le decía, a la vez que la acariciaba amorosamente:

—Broadway nos había separado, Florencia, pero ahora huiremos de las péridas sirenas y en la quietud de una vida oscura encontraremos la felicidad que creíamos perdida para siempre.

FIN

Próximo número!

Dinero Delator

novela de la vida mundana aristocrática, en la que se relatan los vicios de aquel sector de la sociedad

POR LOS CÉLEBRES ARTISTAS

Eva Novak

William Fairbancks

25
ctms.

POSTAL
Edith Johnson

2-5-27 ideal

E. 19-2618

CINE FOLLETIN

La primera obra aparecida en esta publicación, en 10 cuadernos, es

LA ESPOSA INDIGNA

novelada por el director literario de
BIBLIOTECA FILMS

Alfonso Castaño Prado

¡Lo más interesante!
¡Lo más sugestivo!
¡Lo más emocionante!

Lea el primer cuaderno titulado

Amor y Dinero

y no podrá menos que leer toda la obra

DIEZ CUADERNOS

20 céntimos cuaderno

LA NOVIA! LA NOVIA!

Exclamarán en breve todos nuestros lectores, al aparecer el primer número de

Casada... y Virgen

la novela del más intenso y amoroso asunto, que ha constituido el mayor éxito del célebre

MARCEL PRIOLLET

afortunado autor de

¡Abandonada... en su noche de bodas!

cuya traducción será confiada al director literario de **BIBLIOTECA FILMS**

Alfonso Castaño Prado

y las ilustraciones de tan portentosa obra, al genial artista

RAPSOMANIKIS

Suscripciones parciales desde DIEZ cuadernos
De venta en todos los kioscos, librerías y en las
BIBLIOTECAS de las Estaciones

Pedidos a **BIBLIOTECA FILMS**
APARTADO 707 :: BARCELONA